



AUNQUE EL TRASPASO DEL PODER político de Fidel a Raúl Castro ya es un hecho, tanto en Cuba como en el exterior, el espíritu del “Líder Máximo” sigue estando muy presente. Si todavía está consciente, el máximo líder puede ser testigo del funeral político que le está preparando la cúpula dirigente que él mismo nombró a finales de julio de 2006. El coloquio internacional Memoria y Futuro: Cuba y Fidel, celebrado hace poco en La Habana, abrió la veda para los elogios póstumos, con un Fidel supuestamente convaleciente.

En contra de décadas de futurología cubana, la transición al posfidelismo se está produciendo paulatina y casi sigilosamente. Poco a poco, Cuba y el mundo se acostumbran a vivir sin Fidel Castro. Es una buena noticia, porque nadie está realmente preparado para el día después. En Cuba, la desaparición silenciosa del “Comandante” de la escena política nacional aún no ha sido asimilada por la cúpula política y el pueblo. Mucho menos preparados para el día después están los actores externos.

Sucesión y continuidad en Cuba

En Cuba, la sucesión de Castro a Castro no garantiza necesariamente la continuidad. Tampoco se trata de una mera sucesión de poder entre hermanos. Según Jorge I. Domínguez¹, Cuba ha pasado la página de un proyecto político centrado en la figura de Fidel a un Gobierno colectivo presidido por Raúl Castro. Intrínsecamente, los gobiernos colectivos son poco propensos a conformar un “bloque monolítico” y, sin el recurso de un liderazgo fuerte, requieren

la búsqueda de consensos democráticos.

Raúl Castro es todo menos un líder popular y ni siquiera tiene afán de protagonismo. En una entrevista publicada por “Granma”² unas semanas después del traspaso de poder, Raúl confesó que siempre ha sido discreto y que piensa seguir así. Sus dos discursos oficiales desde entonces confirman que no puede llenar el vacío de poder que deja su hermano. A diferencia de Fidel, Raúl Castro no es un líder carismático, sino un fiel soldado de dos instituciones claves del régimen cubano: las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y el Partido Comunista de Cuba (PCC). Ello indica una mayor institucionalización de la política cubana³.

Es dudoso que Raúl Castro quiera y pueda asumir el liderazgo del Gobierno colectivo que pretende garantizar la continuidad y unidad política. Esta perspectiva abriría un horizonte incierto en el complejo entramado político cubano. No se puede descartar una lucha de poder interna entre las distintas vertientes representadas en la cúpula política, que probablemente no se limitan a la tan aludida polarización entre moderados y *talibanes*. Aunque nadie conoce la actual constelación de poder en Cuba, se puede especular que el Gobierno nacional y el local integran tanto a dinosaurios o históricos de la revolución, como moderados o reformistas económicos e incluso aperturistas democráticos.

1. Jorge I. Domínguez, *El comienzo de un fin*, en “Foreign Affairs” en español, número 4 (octubre-diciembre 2006). México DF, págs. 129-135.

2. Diario “Granma”, edición nacional. La Habana, 23 de agosto de 2006.

3. Véase Rafael Hernández, *Vidas (y sobrevidas) de Fidel*, en: “Foreign Affairs” en español, número 4 (octubre-diciembre 2006). México DF, págs. 135-143.

Es poco probable que todos ellos compartan el mismo proyecto político y que, sin la gran figura paternalista de cohesión, sea posible mantener “la unidad monolítica de pueblo, ejército y partido”, tal y como pretende Raúl Castro⁴. Podrían abrirse brechas tanto en la heterogénea cúpula política de los siete nombrada por Fidel Castro como dentro de las instituciones y entre ellas. Aparte de las FAR y el PCC, el Parlamento (Asamblea Nacional del Poder Popular, ANPP) podría desempeñar un papel. Cabe recordar que su presidente, Ricardo Alarcón, el principal interlocutor cubano ante Estados Unidos, no está incluido en la nueva cúpula de poder. El campo de batalla interna no será la política, sino la economía, donde tanto los ciudadanos como parte de los dirigentes políticos esperan cambios.

Diferentes políticas en Caracas, Bruselas y Washington

Estados Unidos, la Unión Europea y América Latina manejan agendas y políticas muy diferentes que contribuyen a consolidar el statu quo actual o, cuando menos, no fomentan una apertura democrática en Cuba. En cuanto al futuro de la isla, ningún actor externo parece acertar. Aunque a largo plazo no se puede descartar esta opción, de momento no se ha producido ninguna ruptura política, tal y como pronostica y promueve Estados Unidos desde hace décadas, sino la continuidad del régimen. A diferencia de Washington, la política de la UE y de América Latina es reactiva y carece de visiones de futuro.

Desde la aprobación en 1996 de la ley Helms-Burton, Estados Unidos dirige el conjunto de su política hacia la isla al poscastrismo –de Fidel Castro y Raúl–, partiendo de una Cuba de ciencia ficción diseñada en la memoria histórica del exilio en Miami, lo cual sigue bloqueando un acercamiento bilateral. La política de la UE peca de lo contrario: de un hiperrealismo basado en la Cuba revolucionaria dominada por Fidel Castro. La contradictoria posición de Bruselas⁵ refleja además los vaivenes domésticos de la política de España, el principal socio europeo de la isla. Los 19

países de América Latina están divididos entre los nostálgicos de la revolución cubana, los decepcionados y los feroces adversarios del castrismo. Sin duda, al haber sustituido la alianza estratégica de Cuba con la URSS, Venezuela es el único país latinoamericano con un cierto impacto en la política cubana.

Sería deseable encontrar un punto intermedio: una política menos utópica por parte de Washington, una visión a largo plazo desde España y la UE, y algún tipo de debate sobre el futuro de Cuba en América Latina incluyendo Venezuela. Los principales actores externos que influyen en el futuro de la isla son Estados Unidos, España y Venezuela. Puesto que para estos tres países Cuba es también un asunto doméstico, manejan objetivos y políticas muy diferentes:

- **SANCIONES, AISLAMIENTO Y ENGAGEMENT** caracterizan la contradictoria política de Estados Unidos que busca desde hace décadas la caída del régimen cubano. Aunque por razones domésticas, Washington ha reforzado el embargo y la política de aislamiento, al mismo tiempo socava su propia estrategia con la venta de alimentos y medicinas, así como con el envío de remesas a Cuba. Ambas medidas fueron autorizadas durante la presidencia de Bill Clinton y mantenidas por el Gobierno actual, pese a que éste ha fortalecido la componente de sanciones.

- **EL COMPROMISO CONDICIONADO** es la política oficial de España y de la UE, cuya finalidad es promover un proceso de apertura democrático desde el régimen cubano⁶. La política de España y de los demás estados miembros se desarrolla en el marco de la Posición Común de la UE –aprobada en 1996 tras la propuesta del Gobierno de José María Aznar–, que fortalece la cláusula democrática. No obstante, cada país miembro aplica su propia política bilateral hacia Cuba, caracterizándose la de España en este momento por las relaciones económicas y políticas fluidas sin ningún tipo de condicionamiento político⁷.

- **EL MANTENIMIENTO DEL RÉGIMEN** castrista es el principal objetivo de la política de Venezuela hacia Cuba. Desde

que Hugo Chávez volvió de su primer viaje a La Habana y anunció que quiere convertir Venezuela en un “mar de felicidad” como Cuba, se ha forjado una estrecha alianza entre ambos países. La amistad de Hugo Chávez con Fidel Castro se ha convertido incluso en uno de los barómetros del estado de salud del máximo líder. La alianza es de mutuo interés: los suministros de petróleo venezolano dan aliento económico y político a la revolución cubana, y el envío de médicos y expertos cubanos a la “revolución bolivariana”.

Estas diferentes políticas y la falta de coordinación entre los tres actores contribuyen a la continuidad del régimen cubano: la hostilidad de Estados Unidos sirve para justificar la unidad política como única fórmula para preservar la independencia y soberanía nacional; al ser la principal fuente de cooperación, turismo y comercio, la UE –España– es el soporte financiero del régimen; y la alianza con la Venezuela chavista ofrece petróleo y un apoyo ideológico renovado para la revolución.

Los tres actores externos también manejan escenarios diferentes. Venezuela y Estados Unidos persiguen proyectos opuestos: Estados Unidos promueve la caída del régimen y Venezuela se ha convertido en su mayor soporte. Al favorecer una transición democrática gradual desde el régimen, la posición de España es más moderada. Los tres escenarios son posibles en distintos momentos políticos. Es una cuestión de secuencia. A corto plazo prevalecerá el escenario –venezolano– de continuidad, a través de la sucesión de Raúl Castro que ya ha asumido el po-

4. Diario “Granma”. La Habana, 2 de diciembre de 2006.

5. Susanne Gratius, *¿Ayudando a Castro? Las políticas de la UE y de EE.UU. hacia Cuba*. Documento de Trabajo, nº 14, FRIDE. Madrid, 2005.

6. Según la UE, “es muy probable que la transición sea pacífica si el régimen actual inicia por sí mismo o hace posible dicho proceso. Posición Común de la UE sobre Cuba. Bruselas, 2 de diciembre de 1996.

7. Jorge Domínguez y Susanne Gratius, *Foro España-Cuba: La política española ante la Cuba del futuro*. Documento de Conclusiones. FRIDE, diciembre de 2006.

Estados Unidos es la clave externa del futuro de Cuba, y en un horizonte cercano cabe esperar avances graduales en la reanudación de las relaciones políticas y económicas entre los dos países

der. En la medida en que autoriza una apertura económica, un Gobierno de Raúl podría desembocar en el escenario «europeo» de una transición gradual a la democracia. Un escenario «estadounidense» de ruptura podría producirse a medio o largo plazo, según la constelación de alianzas y contraalianzas dentro de las instituciones del régimen y, en menor medida, según el grado de movilización de la población a favor o en contra del Gobierno.

El papel clave de Estados Unidos

Comparado con su poderoso vecino Estados Unidos, la influencia política de Venezuela y de España —e incluso de la UE en su conjunto— en Cuba es y probablemente seguirá siendo escasa. Es difícil, si no imposible, imaginarse que los cubanos acepten una injerencia política de Venezuela en sus asuntos internos. En Cuba, Hugo Chávez es considerado como una marioneta de Fidel. La influencia es más bien al revés: la reciente consigna del oficialismo venezolano, «socialismo o muerte», indica que Chávez quiere copiar el modelo cubano. Teniendo en cuenta las distantes relaciones personales entre Raúl Castro y Hugo Chávez, la alianza cubanovenezolana se centrará en el ámbito económico.

Algo similar ocurre con España y el resto de los 24 estados miembros de la Unión Europea, cuyo peso es principalmente de índole económico. Pese a mantener un diálogo con las autoridades cubanas, su contradictoria e hiperrealista política a la sombra de Estados Unidos limitará el papel de los europeos en un proceso de apertura en la isla. Excepto en cuanto a la controvertida cuestión de la propiedad: uno de los asuntos más espinosos por resolver entre Cuba, Europa y Estados Unidos. Cabe recordar que la ley Helms-Burton prohíbe el reconocimiento de un gobierno liderado por Raúl Castro y pretende recuperar las propiedades estadounidenses nacionalizadas por la revolución cubana.

Estados Unidos es la clave externa del futuro de Cuba. Su política es la principal garantía de estabilidad para el régimen castrista. Desde su discurso, las sanciones económicas son la causa de los problemas de abastecimiento interno y el apoyo de Washington permite desacreditar a los disidentes como agentes del enemigo. Los intentos de derrocar la cúpula política actual sirven para justificar el cierre político, y el aislamiento diplomático es el mejor argumento para crear alianzas antiimperialistas, entre otras con Venezuela. De este modo, Estados Unidos bloquea una posible vía democrática en Cuba y

fomenta el nacionalismo que, después de la desaparición de la alianza con la antigua Unión Soviética, se ha convertido en la principal baza política del castrismo.

Estos argumentos se alimentan con la existencia de un enemigo externo a tan sólo 90 millas de la propia frontera. Un cambio en la política de Washington que desarmara esta lógica facilitaría sin duda una apertura económica y política en Cuba. Pero esto sólo es posible si Estados Unidos reconoce a Raúl Castro como interlocutor legítimo, en contra de lo que estipula la ley Helms-Burton. En sus dos últimas intervenciones públicas, Raúl Castro ha señalado su disponibilidad de iniciar un diálogo con Estados Unidos sin condiciones previas y en un clima de respeto mutuo.

Aunque no ha habido respuesta a esta oferta, también en Washington hay tímidas señales a favor de un acercamiento gradual. Uno de ellos fue el viaje de una delegación de diez congresistas a La Habana, en diciembre de 2006, que se entrevistaron con Ricardo Alarcón y Felipe Pérez Roque, abriendo nuevos canales de diálogo. Por su parte, el Departamento de Estado ha apartado los cubanoamericanos del diseño de la política hacia La Habana, sustituyéndoles por el más moderado subsecretario Thomas Shannon y por el peso político ligero Caleb McCarry como *cuban transition coordinator*. El segundo informe de la Comisión de Asistencia para una Cuba Libre, aprobado poco antes de enfermar Fidel Castro, sigue siendo injerencista, proactivo y paternalista, pero reconoce que «los cubanos tendrán que definir su propio destino».⁸

¿Una respuesta multilateral?

Sin embargo, no cabe esperar más que un proceso gradual de acercamiento. Tanto Cuba como Estados Unidos perderían credibilidad interna si decidieran normalizar sus relaciones de golpe: para La Habana significaría renunciar al discurso antiimperialista nacionalista como principal fuente de legitimidad política, y para Washington sería equivalente a admitir que su política hacia Cuba ha sido un rotundo fracaso. En un clima político de incertidumbre en Cuba y ante la derrota política del Gobierno de Bush en Iraq es poco probable que en un horizonte cercano ambos países reanuden plenamente sus relaciones políticas y económicas, pero cabe esperar avances graduales.

8. Commission for Assistance to a Free Cuba. Report to the President. Washington DC, julio de 2006, pág. 13.

Cuba no es Haití. Una conferencia de donantes sería impensable, incluso si las cosas cambiaran. Frente a las recetas políticas que ofrece Washington en su último informe sobre Cuba⁹, no se trata de ofrecer cooperación al desarrollo ni tampoco de construir o reconstruir el Estado, sino de promover cambios políticos desde fuera. No está claro si se puede fomentar desde fuera una apertura de un régimen autoritario ni tampoco con qué estrategias e instrumentos. Hasta ahora, la continuidad del régimen cubano sin ninguna señal de apertura demuestra que ninguna de las tres recetas ha funcionado: ni el compromiso constructivo de la mayoría de los países latinoamericanos, ni las sanciones y el aislamiento desde Washington ni el compromiso condicionado que rige la política de la Unión Europea hacia Cuba.

Uno de los problemas es la falta de coordinación entre las diferentes estrategias. Hay que ir paso a paso para desatar el nudo cubano. Habría que definir una estrategia más coherente y orientada hacia el futuro en la Unión Europea –y en España–, iniciar un debate sobre Cuba en América Latina y adaptar la política de Estados Unidos al contexto de la posguerra fría. La UE ya está revisando su política, siguiendo la recomendación del Consejo –en julio de 2006– de crear una estrategia a medio y largo plazo hacia Cuba. En América Latina sería un momento oportuno para retomar el debate sobre el pleno ingreso o no de Cuba al Grupo de Río pese a la cláusula democrática. Los recientes pasos cautelosos y sutiles del Gobierno de Estados Unidos indican que la sucesión de Fidel a Raúl Castro ha provocado también en Washington un nuevo debate sobre Cuba.

Los caminos separados de América Latina, Canadá, Estados Unidos y la Unión Europea no favorecen una transición democrática en Cuba, sino que más bien contribuyen a bloquearla. Aunque sería deseable promover la democracia por la vía multilateral, parece ilusorio esperar que esto ocurra pronto. Cuba sigue siendo un símbolo político en Europa y en las Américas a la vez que

es un barómetro de las relaciones con Washington. Existen serias diferencias en tres temas fundamentales:

1) **LOS OBJETIVOS.** La Unión Europea quiere promover un cambio pacífico “desde arriba”, Washington “desde abajo” y América Latina está dividida entre no hacer nada o promover una mayor inserción de Cuba en la región.

2) **LA INTERLOCUCIÓN.** Hay posiciones muy diferentes en cuanto a mantener o no un diálogo político con el Gobierno cubano, así como al tipo de relación y grado de protagonismo de los disidentes y cubanoamericanos.

3) **LOS INSTRUMENTOS.** Mientras que la Unión Europea y América Latina rechazan claramente la imposición de sanciones políticas y económicas, no se ponen de acuerdo en cuanto a la utilidad de la presión diplomática y la crítica pública para lograr mejorías en la situación de derechos humanos y políticos.

4) **LA CUBA DEL FUTURO.** Washington prefiere una Cuba diseñada al modelo propio de democracia liberal y economía de mercado, la Unión Europea prefiere, en términos generales, una variante socialdemócrata, y en América Latina tiende a prevalecer una visión de democracia popular con justicia social.

Será imposible compaginar estas ideas. Si la Unión Europea, América Latina y Canadá aún podrían definir el *compromiso* como un denominador común en su relación con Cuba, existen pocos puentes hacia Washington. Sin embargo, hay que mantener o iniciar un diálogo con Estados Unidos, no sólo para facilitar una apertura en Cuba, sino también para resolver uno de los temas más importantes del futuro: la propiedad y el reconocimiento de las inversiones realizadas por europeos, latinoamericanos y canadienses. La espada de Damocles de la ley Helms-Burton obstaculiza no sólo futuras inversiones en Cuba, sino también una mayor aper-

tura económica en la isla.

Por tanto, el principal interés común entre europeos, canadienses y latinoamericanos en el tema cubano consiste en influir en el principal actor externo: Estados Unidos. Un acercamiento de posiciones y el fin de la política hostil de Washington facilitaría una respuesta internacional. ¿Cómo podría Europa o América Latina influenciar un cambio en Washington? Hay dos opciones. Una es pronunciarse más claramente en contra de la actual política, otra abrir canales en el marco de la OEA y de las cumbres transatlánticas:

• **EN LA ÚLTIMA CUMBRE TRANSATLÁNTICA** entre la UE y Estados Unidos, en junio de 2006 en Viena, el caso de Cuba fue singularizado en el contexto de la futura agenda de promoción de la democracia. Es posible que Cuba se convierta en uno de los casos de estudio para ofrecer respuestas comunes de promoción de democracia.

• **EN EL SENO DE LA OEA, BRASIL INICIÓ** hace algunos años un debate sobre la inserción de Cuba, que no prosperó ante la falta de un consenso latinoamericano. Después de este ciclo electoral más proclive a gobiernos progresistas, podría ser más fácil alcanzar un acuerdo e iniciar un diálogo con Washington.

El denominador mínimo común entre los actores externos –salvo Venezuela– sería, por un lado, una apertura económica y, por el otro, una Cuba más democrática. Una condición *sine qua non* para contribuir a ello sería sustituir el viejo debate ideológico sobre la revolución cubana, con líneas divisorias dentro de cada partido político y cada país, por una agenda pragmática dirigida hacia el objetivo común de una Cuba más abierta y mejor insertada en la comunidad de países de Occidente. Y otra condición sería poner fin al debate sucesión *versus* transición en Estados Unidos,¹⁰ entendiendo que no se trata de modelos excluyentes sino compatibles. Estas dos condiciones y una mayor racionalidad en los debates sobre Cuba en ambos lados del Atlántico facilitarían la búsqueda de una respuesta multilateral.

9. Óp. cit.

10. Véase también Marifeli Pérez-Stable, *Cuba: el día después del velorio*, Real Instituto Elcano, ARI número 9. Madrid, 2005.